



Su terno oscuro, rayado en oro, brilló cuando apareció en la puerta del hotel. Subió al «mercedes» y colocó sobre sus rodillas el maletín de piel de cocodrilo colombiano, al mismo tiempo que giraba la vista y contemplaba con leve sonrisa a sus colaboradores. Era el equipo, pero él era el ejecutivo principal. «Vamos a ver el informe sanitario de las reses», y un premioso empleado técnico de toreros ejecutivos, antes llamados mozos de espadas, le entrega el certificado que avalan cuatro firmas y seis sellos, amén de las pólizas correspondientes; lo contempla y tuerce el gesto: «¿Es que no habéis previsto los riesgos glosopédicos?, ¿dónde está la garantía de borreguil condición? ¡A este paso, no vamos a ningún lado!». Los auxiliares callan amoscados. El coche sigue andando por las calles, le abren paso los guardias de tráfico, y las gentes que se fijan en él hacen palmas. Pero el ejecutivo no se rinde: «Si hoy no conseguimos el certificado, habrá que reconsiderar vuestra situación. No estoy dispuesto a aguantar esta forma de trabajo. Reorganizaré el equipo». Más amoscados aún, los

hombres del equipo bajan la vista y contemplan sus zapatillas profesionales.

Ya en la plaza, lugar de trabajo de alto rango para tan prometedor ejecutivo, el despliegue es magnífico. Cada cual atiende sus obligaciones, y de cada maletín salen informes, notas, fotografías ya firmadas y avaladas por el director general correspondiente; dos hombres, el uno vestido de luces y el otro con camisa cubana, miden los perímetros torácicos de dos suecas anhelantes de joven ejecutivo, y apuntan los datos en un bloc. La tarde termina para el ejecutivo, el éxito ha sido grande, y cuando se arrastra el último toro que le toca lidiar, escucha un comentario de uno de sus hombres del equipo: «Menos mal que hoy se ha tocado pelo». Lo fulmina con la mirada y ordena: «A ver ese certificado de dos orejas, ya tenía que tenerlo a la firma, y el tiempo es oro». El hombre arranca presuroso hacia el palco presidencial y vuelve con el certificado, dos copias de la condición estimada en la res según la autoridad, tres copias firmadas por el subdirector del ramo que acreditan su buen hacer, un folio en el que se explican las razones de por qué se le han otorgado los trofeos y una foto en color en la que se puede apreciar que no ha sudado. Cuando la documentación está en regla y ya montados en el «mercedes», el ejecutivo habla a su equipo: «He cortado dos orejas, he tocado pelo, pero sólo yo voy a tocarlo». Y sube a la habitación donde le esperan las dos suecas.

MU-HILLO

LA PIERNA DE GARATE

A petición de numerosos de nuestros lectores, y en exclusiva nacional, tenemos mucho gusto en ofrecer a ustedes tres aspectos de la pierna de Garate. De nada, y a mandar, que para eso estamos.

